

la envuelve, sufre por no poder confis-carla. Entregósele Max, por comple-to, pero Minnie, por su parte, ¿le dá algo más que una limosna de amistad condescendiente? El otro día, Max, le dijo: «¿Te gusta marchar?» Ella res-pondió: «¡Oh, sí!» con tal fuerza, con tal fervor, que Max enmudeció.



CAPÍTULO V

MINNIE está sentada en su ha-bitación ante su mesa. Ha de escribir á su papá; tarea difícil. Minnie, tan parlam-china, no mueve con facili-dad la pluma. Esta maldita pluma se atasca, escupe, hace borrones... Y, ade-más, siempre retarda lo que uno quiere decir... En el fondo, Minnie, preferiría no escribir. Al fin y al cabo papá es harto capaz de adivinar por sí solo lo que su hijita quiere explicarle y sabe muy bien que no le olvida. En suma, Minnie está perdiendo el tiempo. Pero una tradición respetable (¿por qué?) exi-ge que una niña escriba á su papá. Sacando un poco la lengua, Minnie ali-nea dificultosamente, con una letra atroz y una ortografía deplorable, frases inco-

rrectas y tradicionales que no responden en absoluto al chisporroteo de su vida interior.

En la estancia contigua, cuya puerta está abierta, madrina y la señorita Noemi charlan á media voz. Es decir, que de vez en cuando, entre prolongados silencios, cambian algunas palabras harto medidas; pues es una insensatez imaginar que porque dos personas estén reunidas, deban desahogarse en una retahila de palabras, sin tomar aliento siquiera. Además que, sin hablarse, saben que sus pensamientos son idénticos. A ambas las ensimisma por completo la carta, recibida por la tarde, de la mamá de Minnie.

¡Pobrecita mamá de Minnie! Pensando en ella, madrina mueve la cabeza con aire de desagrado. En sus tiempos, las señoras jóvenes no cruzaban la faz de la tierra, como hoy, pero se mostraban menos aturdidas ante los contratiempos naturales de la vida. ¡Cuán azorada, cuán desesperada se la adivina á la pobre mamá de Minnie entre las líneas descendientes de su escritura diminuta é indecisa! Todo la sorprende, todo la inquieta, todo la fastidia en la ciudad desconocida. Aquella ciudad incoherente en que se hablan todos los idiomas de Europa, la causa vértigo. El mundo musulmán, hosco y hostil, le

da miedo. Papá, entregado á sus quehaceres, está ausente todo el día. Y esto no es todo. Probablemente, no permanecerán en Constantinopla más que unos meses, puede que un año, y luego se internarán por el Asia Menor. Papá irá á construir puentes, sobre ríos de nombres bárbaros. El calor se hace ya sofocante. ¿Qué ocurrirá allá abajo? ¿Cómo van á vivir en medio de aquellas poblaciones, aún semi-salvajes? Y mamá añade: «No obstante, dentro de unos diez días, Minnie podrá reunírseos, pues es conveniente que se acostumbre al clima antes que llegue el verano. El señor Geoffroy, que tendrá la amabilidad de acompañarla, dice que la fecha de la partida le es indiferente. Así, pues, Mauricio, se pondrá de acuerdo con él sobre este punto.» Siguen efusivas demostraciones de agradecimiento. Mamá se excusa por la molestia ocasionada á madrina, y espera que Minnie no habrá sido demasiado revoltosa, y se alegra de poder librar pronto á madrina de semejante carga...

Muchas cosas de esta carta han contrariado á madrina, pero el final, la ha indignado, sencillamente. Mauricio está completamente loco. En tiempos de madrina, los padres que se lanzaban á correr aventuras dejaban á sus hijas en el convento. Entonces, si les daba la

gana, podrían hacerse sajar. ¡Pero hoy no se paran en asociar á una inocente criatura, á esa vida tan llena de escabrosidades! Es posible que Minnie difícilmente se hubiese acostumbrado á la vida del claustro. Pero en este caso, hubieran dado con amigos, con parientes á quienes confiarla. En último extremo, si hubiese sido menester, la propia madrina, aunque gusta de librarse pronto de tan pesadas responsabilidades, se hubiera encargado de ella. Con tal de que no lanzaran niña á lo desconocido, hubiera consentido en este sacrificio. Y la señorita Noemi, segura está de ello, la hubiera secundado con mucho gusto. La señorita Noemi mueve enérgicamente la cabeza en señal afirmativa. Ciertamente, sería capaz de esa abnegación...

Madrina prosigue... En lugar de eso, pretenden que la niña vaya á Constantinopla.—¡A Constantinopla!—¿Y bajo qué custodia? Bajo la custodia del señor Geoffroy. Madrina y la señorita Noemi levantan los ojos al cielo como para tomarle por testigo de semejante aberración. ¿Pero sabe ese Geoffroy lo que son los chiquillos? Supongamos que Minnie se sintiese indispuesta en el viaje, ¿cómo podría él atenderla, vamos á ver? Sin duda cuenta con una doncella rezagada, que se les reunirá en Nancy. Pero á la doncella hay que descontarla.

El señor Geoffroy es el único responsable de Minnie. ¡Bah!—madrina siente tener que decirlo—padres que confien su hija á un señor Geoffroy se califican á sí mismos juzgados. ¡Un hombre que ni sabe sentarse en la parte central de una silla! Tal vez imagine cumplir con un deber de amistad. Pues anda muy equivocado. Hay responsabilidades que un hombre honrado rehusaría asumir. Pero él no vacila lo más mínimo. Está dispuesto á partir. ¡Dispuesto á partir! ¡Si no lo estará en su vida, pobre diablo! ¡Ah, madrina le hablará clarito!... Pensar que este desgraciado tiempo atrás se había atrevido á alimentar la loca esperanza de... Los ojos de madrina se fijan en el retrato de Clara-Angélica y sus labios se contraen con cierta ferocidad. La señorita Noemi puede pensar como quiera (harto se guardará de abrir la boca): ese hombre es un inconsciente ó un criminal.

Pero, mientras la agitan estos pensamientos, que ora transcurren inarticulados, ora se expresan en forma de un monólogo que puntúa con vagos asentimientos la señorita Noemi, un incidente inesperado viene á interrumpirla. La puerta es violentamente sacudida. Abre-se y en el alféizar se dibuja el rostro atezado y bigotudo de la cocinera. Madrina se levanta palideciendo débilmen-

te. Para que Orasia se haya decidido á salir de la cocina es preciso que ocurra algo excepcional, muy grave. ¿Se habrá pegado fuego á la casa, ó están degollando á los curas en la calle? Madrina se siente tan sobresaltada que con gran dificultad balbucea: «¿Qué ocurre, Orasia, qué ocurre?...»

Pero una expresión de alegría salvaje brilla en las duras facciones de Orasia, quien articula con voz de triunfo: «¿No sabe la señora la noticia? Esa del tercero acaba de plantar á su marido.»

¿La del tercero? ¿Con que esa...? ¿La señora Peborde? Orasia asiente y completa sus informes. El señor diputado (¡con qué ironía pronuncia este título!) hubo de ausentarse ayer por veinticuatro horas. Acababa de salir de casa cuando la señora Peborde concedió dos días de asueto á la doncella, de la cual desconfiaba; y media hora más tarde se largó con un maletín de mano... Después, cuando la cocinera entró y se dió cuenta de lo ocurrido, montó en cólera y largóse á su vez, llevándose bastante dinero para indemnizarse de los salarios que la debían, unas seis mensualidades.

—¡Dios mío, qué gentuzal

Madrina junta las manos... ¿Quién se atrevería á jurar que no hay en un repliegue de su corazón una vislumbre de satisfacción vengadora, al ver de tal

modo la mano de Dios pesar sobre el hogar maldito? Pero lo que de veras la embarga, es el horror al pecado que acaba de mancillar la casa en que ella mora, y una piedad sincera hacia la miserable criatura que ha podido traicionar así sus deberes. La señorita Noemi levanta la cabeza y acaba por preguntar con voz tímida:

—¿Y los niños, qué ha sido de ellos?

Orasia se encoge de hombros con la indiferencia de una labradora por una camada de gatitos. Pero no le queda tiempo para responder. El ruido de las voces ha llamado la atención de Minnie. Se ha enterado de todo. Y de pronto aparece á la puerta, y con el semblante descompuesto, con voz trémula, murmura:

—¡Por Dios, madrina, madrina!...

Madrina permanece un instante en silencio. Mira á Minnie, tan sana, tan linda, tan donosa, y piensa en las criaturas de allá arriba, débiles y laceradas, educadas deficientemente por un padre sin religión y una madre sin hábitos morales, abandonados á la noche y al frío. ¿Qué pasará en sus pobres almas transtornadas?... A pesar suyo, sus labios se entreabren y murmuran:

—No podemos abandonarles...

Minnie salta sobre sus rodillas; sus labios tiemblan, todo su ser implora.

—¡Dios mío! ¿Madrina, madrina, con que puedo ir á buscarles?

¿Ir á buscarles? ¡Oh! ¿no es posible arreglarlo de otro modo? ¡Veamos! podría llevarseles arriba... Pero Minnie ha interpretado la vacilación de madrina como un asentimiento y grita con todas sus fuerzas: «¡Gracias, madrina! ¡Si supieses cuanto te quiero!» Y lanzándose fuera de la estancia, atraviesa corriendo el vestíbulo, sube los escalones de cuatro en cuatro...

—¿Qué hacer? Ya es demasiado tarde para detenerla! Madrina pasea á su alrededor una mirada incierta: sus ojos se posan en el retrato de la tía-abuela Eloisa quien, bajo el Terror blanco, albergó en su estancia á un regicida... Madrina se abstrae por un segundo. Y comprendiendo su deber, manda con aquella voz inflexible que al amigo Gouf le hiela hasta la médula del hueso:

—¡Que lleven en seguida al comedor tres tazas de café con leche y unas tostadas de pan con manteca!

Orasia, subyugada, desaparece. Con la cabeza aturdida por tantos acontecimientos, la señorita Noemi anda de un lado para otro con una gran confusión de ideas...

Algun día, si su cuerpo débil consiente en vivir, Max será un hombre; entonces,

muchos recuerdos de su infancia desamparada y melancólica se esfumarán bajo la patina del tiempo, dejarán de atormentarle, sólo suscitarán en él una débil sonrisa de indulgencia ó de compasión. Pero jamás la tarde de ayer y la noche que le siguió, revivirán en su memoria sin que la mordedura del frío y del terrible sufrimiento deje de herirle el corazón y le cierre los párpados.

Al llegar del paseo con Sofía, Lulú y la cocinera, encontró sobre la mesa-escritorio una carta dirigida á él, escrita por su madre. Leyóla dos ó tres veces. La señora Peborde emprendía un viaje, pero probablemente volvería presto. Su querido Max no debía olvidarla ni creer en la maldad que acaso le atribuirían... Terminaba con un triple abrazo para él y para Lulú y Sofía.

Max no acabó de comprenderlo todo, pero inmediatamente auguró una desgracia, una gran desgracia. Y lloró silenciosamente, evitando enterar á sus hermanos. Procuró distraerles tomando parte en sus juegos. Pero, de pronto, Lulú dijo: «¡Tengo hambre!»

Advirtieron que la hora de la cena había pasado hacía mucho rato. Llamaron, pero fué en vano: la cocinera había desaparecido á su vez. Lulú rompió en sollozos. Cerraba la noche. Sofía empezó á gritar: «¡Tengo miedo, tengo

miedo!» Entonces Max comprendió que le *precisaba* tener serenidad para todos. Reunió toda la energía nerviosa de que era capaz; reprendió dulcemente, fortaleció: mamá volvería pronto y la cocinera habría salido para un encargo. Pero todo se andará. Fueron á la despensa: en el armario hallaron un pedazo de carne, un poco de pan y chocolate. La cena improvisada encantó desde luego á Lulú. Sofía también se tranquilizó un poco con la comida. Pero Max apenas pudo tragar algún bocado. Cuando hubieron concluido el agape se amontonaron los tres sobre el diván, esperando á la cocinera. Y, ya en plena noche, Sofía y Lulú se durmieron y Max quedó solo consigo mismo.

Si acierta á vivir, Max Peborde se preguntará con frecuencia cómo su corazón no estalló en la congoja de aquella noche. Una tras otra, las medias horas y las horas se sucedían en el campanario de Santa Clotilde. Todo permanecía en silencio. La cocinera no venía. Los ruidos callejeros iban apagándose; de vez en cuando, allá á lo lejos, oíase el rodar de un carruaje ó la lúgubre bocina de un automóvil. El frío arreciaba. A Max le castañeaban los dientes. Pero los apretó hasta crujir á fin de no estallar en desesperados sollozos. Y acerbos pensamientos martilleaban su cerebro á

golpes redoblados. ¿Qué hacer, qué sería de él, solo, abandonado en el París formidable y vacío? Mamá dice que volverá; pero Max está seguro de que no volverá, ni la cocinera tampoco. ¿Y papá? Dijo que sí, pero ¿tendrían fuerzas para vivir hasta su vuelta? ¿Y si él tampoco volviere, si esta desdicha cruel é inevitable, esta especie de atroz vampiro que siente cernerse sobre su cabeza en la opacidad de las tinieblas le hiciese también desaparecer, ¿qué ocurriría? ¿Fueras posible vivir? ¿Veríanse obligados á implorar, á mendigar?... El orgullo de Max se subleva, lo mismo que su timidez desatinada é indómita. No, eso jamás. No podría hacerlo. ¿Pues, qué recurso...? Max no entrevé más que una solución: permanecer ovillados, encogidos, agazapados, muy apretados, para tener menos frío y sufrir algo menos antes de morir... Pero el agotamiento físico puede más que la congoja. Max sucumbe al sueño y escapa á la fiebre cerebral que azota sus sienes...

¡Pero qué despertar, cuando la pálida aurora aparece en las ventanas y el aguijón del frío disipa el sueño! Durmiendo lo olvidaron todo. Por la mañana, generalmente, las pesadillas se evaporan. Pero la suya se hace más abrumadora, Lulú llora; grita que tiene hambre. Registran todos los armarios.

Pero es inútil; están vacíos. ¿No hay más remedio que morir en seguida? No, Max tiene algunos céntimos. Pueden comprar pan. Va á salir. Al pensar que va á quedar sola, Sofía empieza á gritar y se agarra fuertemente á su hermano. Podrían ir todos... Pero, de pronto, suena un campanillazo. ¿Quién es? ¿Será una esperanza ó una nueva amenaza, un daño inesperado que se levanta contra ellos? Oyese otro campanillazo, más fuerte que el primero. Lllaman á la puerta y una voz grita: «¡Abridme, eal!»

¿Una voz? ¿Qué voz? Lulú ya no llora, y grita con todas sus fuerzas: «¡Minnie, es Minnie, abrámosla!» Precipítanse hacia la puerta. Las manecitas temblorosas alcanzan el cerrojo. El rostro de Minnie aparece riente y sonrosado, pero con alguna emoción. Sofía y Lulú se arrojan á sus brazos y se disputan sus caricias. Pero á Max le parece que todo está dando vueltas á su alrededor con una velocidad vertiginosa, y para no caer ha de apoyarse en una silla; oye como si estuviese muy lejos, la voz azorada de Minnie que le dice: «¿Max, Max qué te pasa?»—Nada, no es nada, ya me siento mejor. Me ha dado un poco de vértigo. Pero Lulú gime, lanzando un profundo suspiro: «¡Oh, Minnie, si supieses el hambre que tengo!» Entonces Minnie palmorea y suelta la risa: «Baje-

mos en seguida. ¡Veréis qué sabroso está el café con leche de Orasial!»

Pero he aquí que Max y Sofía se miran con aire indeciso. Y Sofía murmura con los ojos bajos: «¿A casa de tu madrina quieres llevarnos?» Minnie la mira sorprendida: «¡Claro que sí! ¿pues dónde?» Los ojos de Sofía expresan la misma indecisión de Max. Siente un terror obscuro, mezclado de confusión, al imaginar su comparecencia ante la anciana señora, con la cual intimidaba á Lulú cuando no era dócil y á la que mamá llamaba, según su humor, la vieja beata, la Urganda, la estantigua clerical. Y Max también vacila, aunque por otras causas. Lucha con su orgullo. Tiene la intuición de los ódios políticos. Aceptar la oferta de Minnie es una capitulación. Madrina representa el enemigo contra quien se lucha. Sufre, por tener que manifestarse vencido, casi mendicante, él, hijo de un campeón de la causa opuesta. Y hasta el propio Lulú, con un dedo en la boca, farfulla con aire inquieto: «¿Pero, no es mala tu madrina?»

¿Mala? Minnie suelta la risa: «¡Ea, despachemos!» Lulú se muere de hambre. Puesto que Minnie se rie, no hay peligro alguno. Le dá lo mano y corre tras ella, repitiendo convencido: «¡Despachemos!» Max y Sofía les siguen cabizbajos...

Inmóvil, en el comedor, madrina pasa revista á los aprestos. Las tazas están á punto. Tren las tostadas. Una cafetera y un gran jarro de leche, humean en mitad de la mesa. Varias veces, madrina lo repasa todo maquinalmente. Muéstrase muy turbada. Ahora comprende que ha cedido con harta facilidad á las súplicas de Minnie. Hubiera sido mejor mandarles subir el desayuno. Le faltó presencia de espíritu y agravó la situación, pero, afortunadamente, acaba por tranquilizarse. Mientras ellos coman escribirá dos palabras al señor cura para que entere de lo ocurrido al señor de Freuil, el colega del señor Peborde, en la Cámara.

Pero resuenan menudas pisadas en el vestíbulo. Oyese la voz de Minnie. Abrese la puerta. Max y Sofía abren la marcha empujados por Minnie, quien les sigue con Lulú. Breve silencio. En presencia de la anciana, alta, flaca, de rostro severo, cuyos labios permanecen cerrados, quedan inmóviles, petrificados, consternados; adivinan en ella á la enemiga, y, á pesar del apetitoso olor del café con leche, quisieran huir. Y madrina continúa silenciosa.

Su hogar, el hogar que vió nacer y morir á Clara-Angélica, le parece bruscamente profanado por la presencia de aquellos niños no bautizados. Su solo

aspecto denuncia los daños que les agobian. La tez amarillenta de Max, su semblante extragado por el insomnio y la angustia, son inquietantes. Sofía, con los cabellos entremezclados, el vestido desaliñado y roto, ofrece aspecto lamentable. El mofletudo Lulú, azorado ante la anciana con la cual tanto la amenazaban, esconde el rostro tras sus tiznadas manecillas. La propia Minnie, desconcertada por el terror y la sujeción que vé á su alrededor, no halla palabras oportunas y enmudece por primera vez en su vida.

Sin embargo, el silencio no puede prolongarse. Madrina hace un esfuerzo. Pero en el momento en que se decide á hablar, se para, sorprendida. Lulú se ha atrevido á mirar á la anciana por las rendijas de sus dedos, y en su cabecita se despierta un recuerdo confuso. Lulú había visto, en otra ocasión, una cofia de encajes como aquella y una anciana de cabellos blancos. Ello fué hace mucho tiempo, en un rincón provinciano... También les hería el sol y también aspiraban el olor del café con leche. Él tenía un poco de miedo, como ahora... Pero le empujaron hacia ella diciéndole que la llamara, que la llamara... ¡Ah, sí...

Con una sonrisa vacilante que implora, Lulú se acerca hacia madrina y, con

voz algo queda, un poco trémula, que parece un ruego, balbucea: «¡Abuelital ¡Buenos días, abuelital!»

Antes de que madrina pudiese darse cuenta de ello, cerráronse sus brazos y estrechó contra su pecho al diminuto francmasón de tiznadas mejillas...

En el austero y grave comedor, no se oye más que el ruido de los carrillos y de las cucharas que chocan contra el fondo de las tazas. Lavados en un santiamén, someramente aliñados los cabellos, las hambrientas criaturas, devoran las tostadas con manteca y el café con leche. Y madrina contempla á su alrededor la extraña familia que no escogiera. Despiértanse en ella un sin fin de pensamientos, de esos que emanan de lo más íntimo del ser, de las profundidades que solo conmueven los grandes cataclismos... Quizás, desde la muerte de Clara-Angélica, madrina no había experimentado tan violenta sacudida. En su alma añeja, tan sólidamente forjada, vertida en el molde de tantas generaciones, existe una rara perturbación, mezcla de angustia y dulzura. Aquellas cabezas infantiles que rodean la antigua mesa de nogal, producen el efecto de un sueño, un sueño que había alimentado en otro tiempo, cuando preparaba la canastilla de Clara-Angélica, pensando en la alegre nidada que un día amenizaría

el viejo hogar. ¡Qué de veces recordó con amargura su vana esperanzal... El comedor permaneció triste y silencioso durante veinte años. Pues bien, hoy lo anima una vida pueril. Rizadas cabellos agítanse en él, llénanlo voces y cajadas infantiles. Pero aquellos niños no son los hijos de Clara-Angélica. Son los del diputado francmasón y de la correntona que la Iglesia no puede reconocerle por esposa. Son los niños Peborde...

Sea; son los niños Peborde. Pero, quizás, á pesar suyo, madrina no puede ya considerarlos cual lo hiciera anteriormente, cual acaso debiera considerarlos. Desde que les lavaron la cara y les peinaron, subió á sus mejillas un débil color rosado y son niños parecidos á todos los demás. La misma Sofía tiene su gracia un poco lacerada. Fué mal criada, mal educada, y no obstante se ocupa graciosamente de su hermanito, ayudándole á comer; solo falta que torne plácida su inquieta mirada y que su crispada boca sonría. Y en cuanto á Max, ¿quién no se sentiría subyugado por su fina y expresiva fisonomía, por sus ojazos dulces y melancólicos? De pronto los fija en madrina. O ella no les entiende, ó se refleja en ellos el agradecimiento y la franqueza. ¡Qué esfuerzos ha llevado á cabo para que nadie pudie-

ra sospechar la angustia que trazó un doble surco en sus flacas mejillas!... ¿Pues y Lulú? Es un angel. Si Clara-Angélica hubiese tenido un bebé, no hubiera podido ser más adorable. Su hermosa cabeza rizada y sus mejillas de albaricôque, reclaman el beso. Llamó á madrina, abuela, como la jamás nadie la nombrara, como la nombrarían los hijos de Clara-Angélica... ¡Oh, qué pensamientos tan dulces, apasionados, íntimos, indescriptibles, acudieron al alma añeja de madrina! No decía casi nada, absorbida por ese tumulto interior. La señorita Noemi la miraba á hurtadillas, confundida por tantos acontecimientos, llena de buenos deseos, pero esperando las órdenes de la que representaba su decisión y su voluntad, y cuya mudez casi la azoraba...

Minnie, entretanto, completamente segura de sí misma, era el rayo bienhechor que acaba de disipar las brumas. A su lado, Lulú reía reciamente y charlaba. Sofía apenas se atrevía á responder á media voz. Y hé aquí que Bobby viene á juntárseles: al verle hacer el guapo con un terrón de azúcar sobre el hocico, al propio Max se le escapa una débil sonrisa...

Pero, cuando se levantan de la mesa, Max se acerca á madrina, que le mira, pero no sabe qué va á decir. Abre la

boca. Le falta la voz... Pero al fin vence su voluntad. Muy cortesmente, sin que los labios le tiemblen demasiado, dá gracias á madrina por haberles invitado. Sin duda alguna, sus padres han sido víctimas de un error. Madre partió creyendo que papá ya estaría de vuelta. La ausencia de la cocinera lo enredó todo... Pero papá vendrá hoy... Subirán á esperarle...

¡Bravo chico! ¡Qué de esfuerzos para disimular el desorden de la casa paterna, para ocultar la deshonra presentida, para salvar las apariencias ante las personas ajenas! ¡Y qué sufrimientos, harto duros para su edad, se notan á través de la débil máscara con que intenta encubrir la palidez de su semblante! Madrina se siente emocionada por la nobleza y delicadeza del muchacho. ¡Bravo chico! Madrina le responde gravemente, cual si hablase á un hombre:

—Señor Max, le agradezco que haya aceptado la invitación de Minnie. Atienda usted el consejo de una anciana: será mejor que no esperen á su papá en un piso frío y solitario. Quédense algunas horas más. Estoy convencida de que su padre le aconsejaría lo mismo que yo.

Max farfulla algunas palabras de agradecimiento, pero la mirada que dirige á madrina es más elocuente que sus pala-

bras. Ella vuelve los ojos para no ver las lágrimas que, á pesar de sus esfuerzos, no puede contener el muchacho. Y, mientras Minnie conduce á sus amigos al cuarto de sus juegos, madrina llama á la señorita Noemi y en tono arrogante le ruega dé nuevas órdenes para la comida; porque los niños Peborde se quedarán á comer. La mirada de madrina tiene un brillo de desafío; espera un movimiento de posible sorpresa ó una observación, dispuesta á anonadar á la indiscreta. Pero la señorita Noemi recibe sus instrucciones sin decir palabra, con una sonrisa en los labios. Entonces madrina, suavizada, tiene interés en comentar las circunstancias.

Dejar que esos niños volvieran á su soledad fuera inhumano. Enterar á un colega del diputado, como pensó al principio, sería dar trascendencia al escándalo. El señor Peborde estará de vuelta á cosa del mediodía. Hasta entonces cuidarán de su progenitura. Luego él la recogerá y negocio concluído. Lanzando un suspiro, madrina concluye diciendo: «Volveremos á la vida regular».

Solventado el incidente, madrina se instala, como de costumbre, en su sillón y, bajo la mirada de sus antepasados, sus dedos prosiguen la calceta, en tanto medita sobre las extravagancias del destino. Las voces de los niños y sus car-

cajadas le llegan á través de la puerta abierta. Aquello parece una profanación de las antiguas habitaciones silenciosas y sombrías como un santuario. Pero madrina no siente el más leve remordimiento. Por un momento se sintió turbada. Ahora comprende el sentido del decreto providencial. La casa de la iniquidad ha sido violentamente anatematizada. Y, en su desgracia, el avieso habrá encontrado socorro únicamente en casa de aquellos á quienes persigue la rabia ciega de sus congéneres. Madrina ha sido la escogida para demostrar lo que es una cristiana y completar la lección del Altísimo. La turbación que al principio la agitara, se ha calmado en su seno. En su alivio, ve la señal de la aprobación divina. Satisfecha de colaborar á la justicia de Dios, se siente inmensamente alegre. Se huelga del goce de Minnie y acaso se huelgue asimismo de ver, por primera vez, reunidos en el viejo comedor, alrededor de su mesa, á tantos niños parlanchines... Entre malla y malla, madrina presta el oído á los juegos. Los minutos transcurren apaciblemente. Clara-Angélica sonríe en su cuadro. De pronto ábrese la puerta. Melania asoma su rostro azorado y anuncia:

—El señor Peborde.

¡El señor Peborde! He aquí el, ene-

migo. Como al grito miiitar el soldado requiere su fusil, como al silbato de alarma los bomberos corren á sus bombas, madrina se yergue en el sillón y se dispone al combate. Una ojeada circular le asegura que todo está en su sitio. Los retratos continuan inmutables en sus respectivos cuadros. El crucifijo de marfil resplandece al lado de la chimenea. El diario *La Cruz* permanece sobre el velador. Madrina lo desdobra á medias, de manera que el título esté visible; ordena á Melania que cierre la puerta del cuarto donde los niños juegan y, altiva, impasible, ordena:

—Que pase.

El señor Peborde, diputado radical-socialista de Haut-Ariège, va á franquear el umbral de madrina, hermana de un zuavo pontificio. Y las paredes no se desploman, los retratos no se vuelven de espaldas, indignados; y, sobre su suplicio de marfil, la desmayada cabeza de Cristo continúa sonriendo melancólicamente...

Dibújase en la puerta una obesa silueta. A madrina le afluye la sangre al corazón. ¡Hé aquí al expoliador de la Iglesia, al perseguidor de la fe, al proscriptor de los curas y de las hermanitas! Todos los odios seculares reviven en madrina.

Penden de sus labios palabras glacia-

les ó aceradas, para marcar en seguida las distancias. Pero queda sin voz ante aquel hombre corpulento que, en presencia de ella, de pie, con el rostro devastado, los ojos abotargados, los labios trémulos, dando vueltas entre sus dedos á su sombrero blando, murmura con acento gascón, sin poder dominar su congoja.

—He venido, señora, he venido...

¡Este es el diputado Pebordel... Sí, ciertamente; y es al propio tiempo un infeliz que en aquel momento acaba de llegar de viaje, fatigado y aterido, pero dichoso al pensar en su querida esposa, en sus adorados hijos, y en su dulce rincón familiar, refugio que compensa las miserias y los deberes de la vida... Llega y se encuentra la casa desierta, la mujer escapada, los hijos desaparecidos; sólo quedaban en el hogar vacío la vergüenza y la desesperación.

El diputado Peborde... Muchas veces por la escalera madrina debió de encontrarle. Le pareció un hombre de fisonomía hirsuta y salvaje. Pues no hay tal. Con sus ojos claros, en que flota el sueño, con sus rizados cabellos demasiado largos, y su barba castaña alrededor de una boca pueril, mejor parece un artista un poco bohemio y no obstante muy burgués, y sobre todo muy benigno, muy inofensivo...

Continúa dando vueltas entre los dedos á su sombrero. ¡Ah! ¡poco repara en el crucifijo colgado á la pared ó el número de *La Cruz* agresivamente desplegado! ¿No ve más que á madrina? ¿No recuerda todo lo que les separa? Tras la catástrofe que ensombreció su hogar, su alma aparece desnuda. El tribuno enfático y ampuloso, mediocre acumulador de dudas por las cuales él mismo se deja sorprender, por lo menos á medias, á la vez astuto é ingénuo, idealista inconsistente y maniobrista camastron, tan inconsciente como astuto, ¿en qué se ha convertido? En un pobre ser desamparado, sin empuje ni voluntad, azorado, débil ante la desgracia, mostrando su corazón desnudo y latiente. Y, haciendo esfuerzos para contenerse, continúa murmurando con tono uniforme:

—Señora, he venido... he venido...

Ante semejante angustia, madrina queda desarmada.

Dios se ha encargado de castigar á aquel hombre... Ella no debe cebarse en su aflicción. Con la mano, invita al señor Peborde á que tome asiento y le dice sencillamente:

—Habiéndome enterado de la confusión de que han sido víctimas sus hijos de usted, he creído deber consentir al deseo de la hija de mi ahijado y ofrecerles por algunas horas hospitalidad.

El señor Peborde aprueba con la cabeza. Su intención es agradecerla, pero aún no encuentra las palabras; al propio tiempo lanza una tímida mirada á su alrededor. Madrina comprende.

—Están en la habitación contigua. ¿Quiere usted verlos?

El diputado hace un ávido gesto de afirmación. Madrina llama: «¡Señorita Noemi!»

Aparece la señorita Noemi. En medio del tumulto de tantos acontecimientos, ya nada puede sorprenderla. Y sin la más leve contracción, asiste á un fantástico espectáculo: el señor Peborde está acurrucado en un sillón, frente al retrato de Clara-Angélica.

—Tenga usted la bondad de acompañar á los niños...

La señorita Noemi saluda y desaparece. Oyese tras la puerta un ruido de voces. La de Lulú grita sobrepujando á todas: «¡Papá!»

Y se anticipa á los demás y se lanza á los brazos del diputado. Max y Sofía hacen otro tanto. En aquel momento el señor Peborde ya no logra contenerse. Una mueca contrae su faz barbuda. Dirige una señal á madrina pidiéndole que le dispense, rogándole que le excuse aquella debilidad, pero ya no se siente con fuerzas... En el salón de la desconocida, bajo la mirada melancó-

lica del Cristo que hiciera proscribir, escalla en profundos sollozos que desgarran su pecho; las lágrimas resbalan por sus mejillas, perdiéndose en su espesa barba... Madrina se retira para dar una orden. Un corazón en el cual subsiste el amor paternal no puede ser completamente pervertido.

Cuando madrina vuelve, el señor Peborde se ha calmado. Se levanta, avanza á su encuentro, y, con voz firme, le expone su reconocimiento. Excúsa se con humilde sonrisa, de aquel momento de debilidad: la fatiga del viaje, la sorpresa, la emoción... Pero ahora ya está repuesto, así que solo le resta despedirse de ella, expresándole su gratitud. Mucho desearía atestiguársela de un modo especial, pues no ignora que madrina, para acoger en su hogar á niños educados con ideas tan diferentes de las suyas, debió de hacer violencia á sentimientos respetables, infinitamente respetables... Se siente profundamente agradecido; no alcanza á expresarlo. A cada instante, una fuerte sacudida hace temblar sus mejillas. Madrina le interrumpe antes de que su emoción estalle de nuevo. Se dán circunstancias —el señor Peborde no lo desmentirá, está convencida de ello,—en que los hombres deben, ante todo, recordar que son hermanos. Obrando cual lo hiciera,

madrina se limitó á poner en práctica uno de los preceptos elementales del cristianismo.. El señor Peborde asiente con aire conmovido. En todas las religiones, en todas las filosofías, existen almas generosas cuya conciencia habla el mismo lenguaje... y al propio tiempo existen criaturas sin fé ni pudor... Pero el señor Peborde opta por abreviar. Dice, dirigiéndose á Max y á Sofia:

—Despediros de la señora, y darle gracias.

—¡Oh!—exclama Minnie, en quien nadie pensaba:—¡La comida está en la mesa!

Momento de confusión. Pero madrina se decide, y con un gesto retiene al señor Peborde: ¡No pretenderá llevarse los niños en ayunas! El señor Peborde afecta un aire de perfecta naturalidad. Su amigo y colega Bouffard, de las Bouches-de-l'Aude, estará muy satisfecho de recibirles, á menos que, por casualidad, se encuentre todavía en su circunscripción... Pero el restaurant está cerca. Madrina le interrumpe:

—Señor, sus hijos no le esperaban á usted hasta más tarde, así que tenían dispuestos sus cubiertos. Tenga usted lo bondad de compartir nuestra comida.

El señor Peborde vacila, pero Minnie insiste, cariñosa:

—¡Sí, señor Peborde!

Él la mira, un tanto indeciso. Minnie salvó á sus pequeñuelos del abandono. A su alrededor todas las miradas suplican. Por encima de todas las filosofías y del amor propio, existe esta regla: No causes el daño inútilmente. A sus hijos sin madre, el señor Peborde no puede rehusarles la familia que los recogiera. Dice sencillamente:

—Con mucho gusto, señora; acepto.

Madrina ordena que se añada un cubierto á la mesa. Después de tantos prodigios ¡qué importa un paso más hacia la extravagancia! Pero ¡quíál en el fondo de sí misma, madrina experimenta una satisfacción maligna. Es viernes, y el señor Peborde comerá de vigilia.

Melania avisa: «La comida está dispuesta.» Pasan al comedor. En alta voz, entre el silencio de los Peborde, madrina reza el *Benedicite*; luego se sientan todos. Puede que, á pesar del ruido de los tenedores, todos se sintiesen algo cohibidos. Pero Minnie está allá.

¿Adivina algo la niña, del drama ocurrido, de los conflictos de conciencia que se agitan á su alrededor? Poca cosa, tal vez nada. Pero su instinto le dice que hoy, á pesar de que haya invitados, es el día más á propósito para charlar. A su alrededor tiene á sus ami-

guitos. El misterioso señor Peborde encuéntrase, también, entre ellos. Ni madrina ni la señorita Noemi tienen el talante gruñón. Es cuestión de aprovechar la oportunidad, y la aprovecha. Jamás su alegría fué tan fogosa. Lulú está á su lado; ella le dá de comer. De un extremo al otro de la mesa, interpela á Max y obliga á Sofía á que tome más tortilla. Bobby y el sapo gigante y los juegos de la mañana y los proyectos de la tarde, desfilan en su charla. Hay que responderle. Dos ó tres veces, en los labios del propio señor Peborde, se dibuja una sonrisa. Y cuando se levantan de la mesa, la niña se le dirige abiertamente:

—¿Sabe usted que Lulú estuvo muy gracioso? Ha llamado abuela á madrina.

Los ojos del señor Peborde vuelven á humedecerse, pero la crisis ya pasó. Sabrá contenerse. Y con voz reposada, explica el error de Lulú. Allá, en su país, vive aún la madre del señor Peborde. Profesa gran cariño á sus hijos y éstos la adoran. Pero hace mucho tiempo que no la han visto. A la edad de Lulú se olvida fácilmente, ó se confunde... Y en su interior, el señor Peborde piensa sin duda que será necesario que ella recoja á los huerfanitos... Pero no es aquel el momento oportuno

para abandonarse á sus pensamientos... Afablemente interroga á su vez á Minnie: «¿No estuvo nunca en el Haut-Ariège?»

No; Minnie no ha estado nunca allí. Pero madrina lo conoce y evoca el recuerdo del hermoso país soleado. Pasó los primeros días de su matrimonio en la pequeña ciudad de Monistruc, cabeza de partido del mayor cantón de la circunscripción del señor Peborde. Se alojaban en un pequeño mesón, al borde del río...

—«Las Tres espigas.»

¡El mesón existe todavía! ¿Y aún pertenece á la señora Cazenave? Aún; pero enviudó hace veinte años. Y de pronto, el señor Peborde repara en un daguerreotipo que está encima del piano y que representa á madrina en traje de novia y á un caballero con patillas á su lado. ¿Habría visto en las habitaciones de la señora Cazenave, á quien visitara como médico, una fotografía igual á aquella? Y madrina se ruboriza, un poco emocionada, muy emocionada, y hace una señal afirmativa. Pero en Monistruc, con su esposo, algunos días de su viaje de novios, y, al marcharse, dejaron un retrato á sus amables huéspedes.

¡Qué cosas tiene el mundo! El señor Peborde ya le parece á madrina menos lejano. La evocación en común de aquel

rincón del pasado les aproxima. Mientras los niños se entregan de nuevo á su charla, ellos evocan los torrentes pirenaicos de aguas límpidas, los pastos, las sonajas de los rebaños, los ribazos, bermejados en otoño bajo las viñas púrpuras y los campos lujuriantes de maíz. Es una comarca dulce y riente bajo un hermoso cielo. Madrina se transporta melancólicamente á los días en que era joven, y el señor Peborde á aquellos en que era dichoso.

La puerta se abre. El amigo Gouf aparece y se corta. ¿Qué es eso? Madrina no está sola. ¿Quién será este señor? Bajo su mirada de sorpresa, madrina se siente un tanto confusa. ¡Eal no hay más remedio que apurar el cáliz hasta las heces. Les presenta:

—El señor Geoffroy, un amigo de la familia. El señor Peborde, diputado.

Al oír este nombre, experimenta el amigo Gouf tal sacudida, se desparrama por su semblante un estupor tan intenso, que, bruscamente, madrina recobra la serenidad, al mismo tiempo que una sonrisa burlona contrae débilmente sus labios... Con perfecta naturalidad, madrina explica que los niños Peborde son amigos de Minnie y que hoy han tenido la amabilidad de comer con ella. El amigo Gouf hace un ademán de aquiescencia, una sonrisa que parece de

comprensión, pero que en verdad es inepta.

El señor Peborde se levanta para retirarse... Madrina abrevia la despedida. Dice únicamente, recalcando las palabras: «Espero que los amigos de Minnie vendrán con frecuencia á jugar con ella.» El señor Peborde se inclina y desaparece. En tanto madrina vuélvese al amigo Gouf y le examina... El amigo Gouf la mira también, se sonroja, y busca las palabras por el suelo.

Hacer alusión á la sorpresa que le ha causado la presencia del señor Peborde podría parecer indiscreto; acoger el hecho con una aprobación ambigua podría resultar ofensivo; por otra parte, callar es sencillamente difícil. Madrina se muestra tan acerba desde hace algún tiempo, que al amigo Gouf le consta de antemano que, diga lo que quiera, será tratado con aspereza suma. Y sin embargo algo debe decir. Unas gotas de sudor brillan en su frente. Se decide, pero, con toda seguridad, sus palabras van á agravar la situación en vez de aclararla... Madrina se apiada de él. En aquel día de emociones contradictorias, una dulzura, que no le es por cierto, ordinaria, ablanda su alma. En breves palabras explica al amigo Gouf la ilación de los sucesos, el hecho de que, á causa de Minnie, se vea arrastrada algo

más lejos de lo que hubiera exigido la estricta observancia de la caridad cristiana...

El amigo Gouf indica su aquiescencia procurando dar á su semblante la expresión de interés aprobativo que parece más adecuada, á fin de que no se le pueda tachar de indiscreto ni de indiferente. Y una vez más comprueba en su interior que una pequeñez acierta á mover á los hombres del modo más contrario á sus más sólidos principios. Una niña como Minnie basta para transtornar de arriba abajo los hábitos semi-seculares y operar la más inverosímil de las aproximaciones... Un poquito de voluntad deliberada ha triunfado de las más tenaces preocupaciones, de los odios más inveterados. ¡Quién sabe! Si en su pasado hubiese habido algo de aquella voluntad activa y de aquella confianza en sí mismo, despierta y contagiosa, ¿quién sabe si el amigo Gouf hubiera podido edificar de distinta manera su vida? ¿Quién sabe si el sueño que siempre acariciara como la más loca de las quimeras, el sueño mágico, el de llamar esposa á Clara-Angélica, hubiera llegado á realizarse? Pero es lo cierto que el amigo Gouf entró en la vida con alma de vencido. Es pues, justo que se resigne á sufrir las consecuencias.

¿Madrina adivina algo de los pensa-

mientos que preocupan al amigo Gouf? Al pensar en las concesiones de hoy ¿siente acaso una especie de remordimiento por haberle desdeñado? Puede que sí. Con cierta amabilidad, nada corriente en ella, apoya la mano en su brazo y le dice:

—No me he visto con fuerzas para apenar á esta criatura. Me ha parecido que no sería obrar bien. ¿No tiene derecho á ser dichosa?

El amigo Gouf no piensa, ni mucho menos, escandalizarse, y ni aun se sorprende de ver que madrina tiende á la filosofía de Epicuro.

De aquel día en adelante establecióse un *modus vivendi* que, poco antes, hubiera parecido la más absurda de las inverosimilitudes. Mientras se tramita la instancia de divorcio de los Peborde, una institutriz laica, provista de sus tratados, va todos los días á cuidar y á pasear á los niños. Pero á las cinco se va. Entonces los pájaros vuelven al lado de Minnie. Y pasan el resto de la tarde entregados á jubilosos juegos cuyo ruido despierta inesperados ecos.

¡No! en verdad, no son aquellos los niños de que madrina hubiera deseado verse rodeada; y no obstante son niños, niños sin madre, quienes solo por su abandono son acreedores al favor de toda alma cristiana. Y, además, son los

amigos de Minnie. Naturalmente, pasado el día de la gran crisis, madrina restableció las distancias. Cuando los amiguitos llegan, y al marcharse, se reducen á darle las buenas tardes y á despedirse; y nada más. Max y Sofía volvieron á tomar un aire ceremonioso, y un poco entonadó. Lulú ya no llama abuela á madrina, ni le presenta las mejillas como hiciera ingénuamente el primer día. Más ó menos claramente, comprenden que entre ellos y la anciana existe un abismo; y cuando no está presente respiran con mayor libertad. No obstante, á pesar de todo, su vida continúa mezclándose con la de madrina. Es imposible que, alguna que otra vez, no llegue á sus oídos el ruido de sus juegos, de sus discusiones ó de sus risas. Por la puerta entreabierta se distinguen una cabeza rizada ó una caída de faldas. Y las conversaciones de Minnie andan llenas de sus altos hechos. Sofía va tornándose cada día más expansiva; ha confiado á Minnie que le tenía un miedo terrible á madrina: ¿es muy rara, verdad? Max acaba por ser el primero en historia. Pero el craso Lulú ha tenido una fuerte indigestión... ¡Picaro goloso! Madrina se ve obligada al día siguiente, á pedir noticias de él. Al enterarse de que aun no está restablecido, siente oprimírsele el corazón: ¡le falta la madre!... Y

coge una hoja de papel y escribe en ella algunas recomendaciones de higiene y un ligero régimen. Que Minnie entregue el papel á Max y éste lo pase á la institutriz. Es para curar á Lulú.

Efectivamente, dos días después, Lulú está curado; y, conducido por Max, va á dar las gracias á madrina. Pero está intimidado y se hace el tonto. Por ello es Max quien responde á las preguntas y dá las gracias. ¡Pobre Max! Cuando hubo partido, madrina permanece aborta. Minnie dice de él: «Es un muchacho extravagante. Nunca está alegre del todo.» Es cierto. Max nunca está alegre del todo. Sus ojos vieron precozmente demasiadas cosas. Precozmente turbaron su alma demasiadas congojas. Necesitaría sol, vivir al aire libre: París le sofoca. En su cuerpo anémico, sus nervios vibran excesivamente. Los acontecimientos le afectan con demasiada violencia. La vida le azora. Un día dijo á Minnie: «¿No encuentras muy desagradable eso de que uno se haga mayor?» Minnie transmitió la objeción á madrina y encogiéndose de hombros dijo: «Me parece que está un poquito loco.»

La otra tarde oyéronse unos chillidos terribles en el cuarto de juegos. Minnie precipitóse al salón gritando: «¡Socorro! ¡he asesinado á Max!» Precisamente la señorita Noemi había ido á confesarse.

Madrina corrió allí azoradísima. ¿Qué ha ocurrido? ¡Oh, nada! Max, completamente pálido, procuró tranquilizarla. Pero envolvía su mano un pañuelo empapado en sangre. Jugaban á la guerra, Minnie blandiendo su sable, le hizo un rasguño. ¿Un rasguño? Una herida que casi le llega al hueso. Afortunadamente madrina guarda medicamentos maravillosos. Un poco de agua bórica, aceite, una venda... Max se deja curar apretando los dientes. Y está tan pálido que madrina le obliga á que se siente. Pronto, unas gotas de cognac. Esto va mejor; estamos listos. Max le dá las gracias y se va con el dedo vendado. Madrina le sigue con la mirada. En un instante le ha podido juzgar. Es un valiente.

Dos días después, madrina vé encima del velador un hermoso buquete de violetas, en el vaso Gallé; y exclama en tono de admiración: «¡Qué hermosas violetas! ¿Quién las trajo?» Minnie responde con aire pícaro: «¿A ver si lo adivinas?» Madrina sonríe y dice como segura de no equivocarse: «Serán por casualidad de Minnie?... Pero Minnie salta de gozo y palmotea. ¡No, no son de Minnie! Madrina se muestra muy sorprendida: «Serán de la señorita Noemi? Tampoco son de la señorita Noemi. Madrina se declara vencida. Pues bien—pero madrina ha de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

fingir que no se enteró, de lo contrario reñirían á Minnie—son de Max. Ayer preguntó á Minnie: «¿Sabes si le gustan las flores á tu madrina?» Minnie le dijo que sí. Al cabo de un instante trajo el ramo y lo entregó á Minnie recomendándola que las pusiese en un vaso, sin decir nada.

—Y ya ve usted, lo pagó con todo el dinero que tenía. ¡Pobrecito Max!

El señor Peborde no volvió. Pero cotidianamente se informa por sus hijos de la salud de madrina y le hace presentar sus respetos. El otro día, su colega Bouffard, amenazado por los unificados, publicó en *El Socialista de las Bocas de l'Aude*, un artículo titulado: *La inmoralidad clerical*. Apoyándose en numerosas citas de Sánchez y de Molina, demostró que es imposible ser á la vez católico y honrado. El señor Peborde respondióle al día siguiente desde *La Dépêche de Monistruç*. Después protestar de la sinceridad de su anticlericalismo, elevaba su voz contra tales exageraciones «que ofenden innecesariamente á una fracción respetable de nuestros ciudadanos.» Esto le costará quinientos votos en las próximas elecciones. El amigo Gouf trajo á madrina el artículo del señor Peborde marcado con lápiz azul... Cuando los niños Peborde fueron por la tarde, á despedirse de ella, ma-

drina dijo á Max, por primera vez: «Salude usted de mi parte á su papá.»

Así transcurren los días. En algunos corazones hay menos tristeza y menos odio. Hasta al amigo Gouf beneficia la placidez que flota en el ambiente. Madrina le trata con una amabilidad desusada. El otro día, para darle un gran placer á Minnie, Madrina sacó del cajón de la cómoda donde dormía sobre un lecho de hojas de algodón y papel de seda, á Adelaida, la vieja muñeca de Clara-Angélica. Cuando el amigo Gouf entró, la muñeca estaba sentada en un sillón, tiesa y comedida. A la primera ojeada, reconoció su cabeza de cera y sus rancios atavíos... Y mientras él se esforzaba en dominar su emoción, madrina le preguntó: «¿La conoce usted?» Y su voz era tan tierna que el amigo Gouf sintió anegados los ojos por gruesas lágrimas y hubiera querido arrojarle á sus pies pera darle las gracias...